

En el nombre de Dios

Fabio Giraldo

En alguna parte de sus escrituras dijo Dostoievski que si Dios no existiera todo estaría permitido. Creo entender que se refería a que la más elemental y mínima moralía se basa en el temor a Dios; es decir, en el temor a un poder absolutamente superior e inefable porque puede sobre la vida y la muerte y por tanto sobre el destino y el tiempo de antes y de después. Además, creo que aludía al hecho de que esa moralidad elemental basada en el temor a Dios no incluía ninguna prohibición y ningún castigo y a que las religiones, todas sin excepción, han convertido ese temor en máximas preceptivas de conductas y en catecismos que se basan en el dilema entre el bien y el mal.

Hobbes, previo el conocimiento de Maquiavelo, resulta ser el más paradójico de los filósofos políticos porque fue, y sigue siendo en sus libros, un iconoclasta religioso y al mismo tiempo el que convirtió la religión y la

moral en un asunto de Estado: convirtió la moral en una técnica basada en la eficiencia del temor a Dios y al Estado: lo que es eficiente es bueno y lo que es ineficiente es malo y políticamente incorrecto. Y Dios dejó de ser un principio para convertirse en medio, en instrumento.

Ese temor primigenio convertido en pragmática ha permitido que se construya la arquitectura legal y física de las iglesias con sus administraciones clericales y con derecho propio –el derecho canónico– para administrar ese temor y ese dilema en almas y cuerpos. Lo que hizo el cristianismo, por ejemplo, fue convertir en preceptiva y en código esas prohibiciones a partir del mito real de su inscripción en las tablas de Moisés que contiene los siete pecados capitales y que es, además, el primer y más elemental código penal. De esta manera el temor a Dios se convierte en miedo ya no sólo al castigo de Dios,

sino también a la retaliación de los hombres. No sólo al castigo del infierno administrado por la otredad de Dios que es Satanás, sino también al castigo de la cárcel administrado por sus infernales representantes. Por eso es que Dios tiene muchos usos.

Dios, como instrumento para la expiación, es asediado por los políticos y los traquetos para tratar de pasar por el hueco de la aguja que es la puerta para el cielo. En su infinita sabiduría maliciosa han hecho frente al temor de Dios una gambeta, un esguince y una “vuelta” muy especial:

el arrepentimiento, la contrición de corazón y el propósito de enmienda, que son fuertes detergentes para dejar sin mácula después de pecar y delinquir. Y a fe histórica que los políticos y los traquetos han usado a discreción esa posibilidad que brinda el hecho de que las

religiones y las iglesias permiten expiar las culpas. Y en ese afán convierten a Dios en un trompo puchaletas. Lo invocan tanto para celebrar una buena tarde en la Bolsa de Valores como para afilar la motosierra: Dios termina sirviendo para ganar un partido de fútbol, para celebrar un buen negocio, un buen envío, o para celebrar un cumpleaños con mariachi, cabalgata y pólvora, y aún, inclusive, a la hora de la muerte. No porque él lo permita, sino porque la religión absuelve y perdona en los confesionarios. Y, además, la pólvora y la limosna limpian el escarnio público; lo compran.



Y entonces empieza uno a notar que existen moralidades especiales. Es decir, códigos morales exclusivos. Una especie de supermercado de la moralidad en el cual el que paga pone las condiciones: paga la misa y la pólvora para celebrar el triunfo de

la ley fabricada a la medida y de la moralidad publicitada. Se exorcizan el pecado y el delito. Se limpia la culpa adormilándola con sedantes morales, jurídicos y mediáticos. Por eso no es casual que el comisionado de paz haya sido un psiquiatra cuya terapia es la ternura.

Pero no falta quien recuerde que todas las riquezas son mal habidas; tanto las de ahora, que se deben al narcotráfico y a sus negocios adláteres y que andan

buscando cobija moral y jurídica, como las de antes, que ya están legitimadas y legalizadas. Para las dos se invoca a Dios, la religión lo permite y los medios le hacen propaganda. La diferencia entre las riquezas es que una ya está instalada y la otra está en proceso. Pero viven de lo mismo: de la pobreza de los muchos.

Fabio Giraldo es Director del Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia.